Retablo de Mío Cid

Prólogo del juglar

En el nombre de Dios que fizo toda cosa
e en el de la su madre Sancta María Gloriosa
una fabla en romance ¡vos quisiera contar
de Mío Cid Campeador Ruy Díaz de Vivar.

Una fabla en romance de bien pulida traza
como las que se cuentan en mitad de la plaza
para solaz de dueñas y nobles caballeros,
de artesanos y pícaros, de frailes y arrieros,
que a todos por igual conviene la lición
si es de buena enseñanza y derecha razón.

De Mío Cid Campeador da comienzo esta prosa
en el nombre de Dios que fizo toda cosa.

1

El héroe va cazando por el campo burgalés

Por el campo de Burgos do solía cazar
cabalgaba una tarde Ruy Díaz de Vivar.
En la línea distante del dudoso horizonte
—llanura y cielo a solas sin atisbos de monte—
un sol poniente tan abierto y encendido
que era del propio Dios el corazón herido.

Y en lo alto, nubes; nubes de oro y de escarlata,
de violeta y de rosa, de esmeralda y de plata;
todo el calor que falta a esta seca Castilla
hecha de tierra parda y de mies amarilla

y apenas algún agrio chafarrinón de verde
que en medio de ocre y gris se acurruca y se pierde
porque todo el color que le falta en el suelo
Dios se lo dió con creces a Castilla en el cielo.

Cabalgaba Rodrigo; de su caballo al paso
se tronchaba la hierba con crujiente fracaso.

2

Retrato del héroe

Por el campo de Burgos donde cazar solía
el vuelo de su azor con la vista seguía,

Veinte años no cumplidos, con un bozo naciente
y una luz de bondad nimbándole la frente
era entonces Rodrigo. Ajeno una por una
a todas las ruindades de la necia fortuna;
con un claro mirar en sus pupilas, llenas
de concretas batallas e inconcretas Jimenas.

Se le entraba la tarde, la frescura del aire
cargado de sabores de campo, y el donaire
de los chopos inquietos, y la luz que se toca,
por todos los sentidos, llenándole la boca
de palabras no oídas jamás ni pronunciadas
como un gorjeo de aves en su pecho enjauladas.
Era el campo tan solo, tan vasto, que suspenso
sintió Rodrigo allí al propio Dios inmenso.

Bajo el puente rezaba con voz antigua el río.
Se erizaban las mieses con un escalofrío.

3

Se desencadena una tormenta sorprendiendo al héroe en el campo

Iba ya anocheciendo. Las púrpuras y lises
del cielo se tornaban amenazantes grises
de tormenta. Por la distancia amortiguados
se escuchan del trueno los ecos espaciados.

Espoleó Rodrigo; apenas si veía
el camino por donde su caballo seguía.
Comenzaba a llover. Sobre la mies mojada
se hacía mate el redoble de su galopada.
Cada grano de tierra dialogaba sediento
con cada gota de agua.
Entre el rumor del viento,
inclinado en la silla, el joven caballero
sentía que azotaba su espalda el aguacero;
resbalaba la lluvia por su cuello adelante
ciñéndole un collar húmedo de diamante.

Desde lo alto, un fuego de cólera celeste
incendiaba de rayos todo el paisaje agreste
y de cada relámpago al vivo resplandor
la faz de la llanura temblaba de pavor.

El susurro del río debajo de la puente
se tornaba en rugido fragoroso y creciente;
los brazos de los árboles, del huracán heridos
esparcían en torno lamentos y gemidos.
Todo era en la tiniebla estruendo y paroxismo
como si el huracán se espantase a sí mismo.

Y en medio de la lluvia, el huracán y el trueno
iba el joven Rodrigo cabalgando sereno.

4

El héroe se refugia en un monasterio

De hora en hora, latiendo cada vez más cercanas
se escuchaban las voces de sonoras campanas
que a la tormenta imponen su bronce resonante
para servir de guía al perdido viandante
desde las veinte torres que hacen guardia en redor
de la torre de Santa María la Mayor.

Y Rodrigo, guiado por su piadosa seña
llegó ante el atrio de San Pedro de Cardeña.

Una y aun otra vez repite su llamada
para pedir por Dios que le dieran posada;

pero nadie a atender su llamada venía
y sus voces el eco profundo devolvía.

Estaba el monasterio de par en par abierto
y al fin se entró Rodrigo por el claustro desierto
todo lleno de sombras de columnas medrosas.
Retumbaban sus pasos al pisar en las losas.

5

El héroe hace oración venciendo el terror de la soledad

Cruzó luego del templo el abierto portón
y se afincó de hinojos para hacer oración.
Todo era obscuridad; apenas si amarilla
se adivinaba el ascua de alguna lamparilla
de aceite. Y un silencio tan sonoro y tan denso
que parecía la vida haberse allí suspenso.

Solo de vez en cuando en los altares mudos
se escuchaban ruidos débiles y menudos:
un raer de carcoma en los retablos viejos,
un brocar de polilla en los secos pellejos
anotados de neumas de los libros de canto...
Súbitamente el aire se estremece de espanto;
suena un largo alarido siniestro y fantasmal;
es, la lechuza urlando en su alto mechinal.

Detrás de las vidrieras con apenas audibles
roces, arañan uñas de manos invisibles;
son las aves que el viento ha arrastrado consigo
y van a refugiarse de la torre al abrigo.

Y al coro de rumores se suma otro rumor
sutil, pero que a todos sobrepasa en pavor.
Es el rumor pausado con que la gusanera
va royendo en las tumbas la carne lastimera;
que bajo de las bóvedas, todo es un cementerio
de abades y de frailes el viejo monasterio.
El rumor de las tumbas: el rumor implacable
que habla al oído a nuestra carne perdurable
con palabras cargadas de tremenda razón
que dan, más que los años, vejez al corazón.

6

El apóstol Santiago se aparece al héroe

Gran gozo de éste

El joven caballero su rezo concluía;
aun cercado de miedos ningún miedo sentía.
Encendiera la vela en la luz del Sagrario
para ver de San Pedro el santo relicario,
y al lado del altar viera, que antes no viera.
a un hombre ataviado de singular manera.

Vestía ricos paños, todos de blanco lino,
y llevaba en la mano bastón de peregrino.
Manaba de su dulce y gallarda figura
un resplandor extraño de celestial biancura.

—«Dios te guarde, el noble mancebo castellano,
y Sancta María y San Miguel y San Juan mi hermano».—

Rodrigo afinojóse sobre la piedra fría;
mientras besaba el polvo el llanto le corría
con un gozo tan grande, que encontrándose estrecho
el corazón quería saltársele del pecho.

Allí hablara Rodrigo:
—«Merced ya, Mío Sanct Yago
Hijo del Trueno y Príncipe del Estrago;
dígase por el cielo por quien sodes venido
si el tiempo de mi vida estaba ya cumplido,
y si esta luz que ciega mis ojos y memoria
es ya la luz eterna que ilumina la memoria».—

—«Alzadte, don Rodrigo, que yo hablarte venía;
tu tiempo no es cumplido, ni empezó todavía».—

Por los hombres le prissa Sanct-Yago para alzarle;
Don Rodrigo a Sanct-Yago non ossaba mirarle.

—«Mireisme sin empacho, mireisme Don Rodrigo,
que vengo a estar con vos y a que esteis vos conmigo».—

7

Santiago saca a Rodrigo del Monasterio

Gran milagro que el héroe comtempla

Ya del brazo el Apóstol a don Rodrigo asía;
del monasterio entrambos a dos se salían.
Desde la puerta un gran milagro se veía,
que siendo media noche más luz hay que de día,
y aunque con gran tormenta no la habría mayor,
estaba enjuto el campo e lleno de verdor.

Era el aire de vivos relámpagos herido
y todo el cielo un prado de estrellas florecido.
El huracán hacía crujir todas las cosas
sin mover en el tallo las hojas de las rosas.

Y un estruendo acordado de truenos asordantes
componía en el aire sinfonías gigantes.
De tal suerte latían la altura y el abismo
que no podia dudarse que estaba allí Dios mismo.

8

Suben a un alcor para ver el paisaje

Duras pruebas a que es sometido Rodrigo

Y habló el buen apóstol Santiago el romero
señando con el báculo el campo al caballero:
—«Miredes don Rodrigo, que visión tan sutil
con que nos roba el alma Castiella la gentil».—

Tendió la vista Ruy por toda la campiña
y la vió tan galana como una bella niña.
A Sanct Yago pidió de subir a un alcor
desde donde pudiera recrearse mejor.

—»El subir de la cuesta me cuesta grandes daños,
que soy viejo, muey viejo, tengo más de mil años;
pero si tú me ayudas subiré hasta el alcor
y desde allí veremos más a nuestro sabor». —

Ya Rodrigo y Sant Yago por el alcor subían,
pero el alto más lejos cada vez lo veían;
y era áspero y angosto y empinado el camino
todo lleno de zarzas y cambrones y espino.

Y dijo Santiago:
—«Non me puedo valer;
si no cargas conmigo habremos de volver».—
Rodrigo muy sañudo le fuera contestar:
—«Hombre que empieza empresa la de terminar».—

Ya le coge en los bazos y a su espalda le toma,
y sigue caminando Rodrigo hacia la loma;
cada paso que daba le cuesta gran dolor
y de no llegar nunca sentía ya temor,

Le dijera Sant Yago de él muy apiadado:
—«Dejeisme don Rodrigo en el suelo sentado,
y aquí os aguardaré mientras que subís vos,
pues es tan gran trabajo que subamos los dos».—

Sin soltarle, Rodrigo respondió con gran saña:
—«Non es buen caballero quien deja su campaña;
cuando se empieza una batalla o una suerte
quien desampara a otro bien meresce la muerte».—

Sonrisós el Apóstol y no le dijo nada.
Rodrigo tendió al alto una fiera mirada,
y sangrando los pies llagados del espino
apretando los dientes prosiguió su camino.

Ya poco le faltaba para llegar arriba;
tan grande es su dolor que siente en carne viva
el alma a par del cuerpo; pero sigue adelante
agobiado del peso, sudoroso y jadeante.

9

Avergonzado el héroe de no poder subir llama a la muerte

Ya llegaba a lo alto Rodrigo el caballero
un solo paso queda del penoso sendero,
pero ya ni ese paso adelantar podía;
clavados en suelo entrambos pies sentía.

En un agudo hito hacia el alto mirando
don Rodrigo se angustia la muerte demandando:
—«Venid, Señora Muerte a ser de la partida,
que tras esta vergüenza ya no quiero la vida».—

Le dijera Sant Yago, sabreis lo que dirá:
—«Tened paciencia, mozo, que todo se andará».—

Por la part de la breñas, en medio los zarzales
se escuchaba el gañir de los lobos cervales.

10

Rodrigo lucha con siete lobos que le salen al encuentro

Siete eran los lobos; su traza torva y fiera.
El primero de todos una gran loba era.
Como simas abiertas siete bocas hambrientas
buscaban de Rodrigo las entrañas sangrientas.

—«Feridlos, don Rodrigo, por el amor de Dios,
que si no, esta vegada perecesnos los dos».—

Ya su espada en la vaina comenzaba a buscar,
por mucho que tiraba no la puede sacar.

—«Feridlos con las manos, caballero cumplido
no busca en el combate las armas que ha perdido».—

Ya lidiaba Rodrigo con las siete alimañas,
ya las siete le herían con sus feroces mañas.
Cogiera a la más cerca, el cuello le apretaba
hasta que por la boca las entrtñas sacaba.
Clavóle a otra las uñas con rabia tan sañuda
que de piel y de vida la dejaba desnuda.

Ya estaba el caballero de la sangre cubierto,
suya y de tanto lobo como había muerto.
Ya solo uno quedaba; la loba grande era,
más que los otros seis era ella sola fiera.

Ya Rodrigo cansado de tanto estar lidiando
casi vacío de sangre se iba desmayando.
—«Valedme, Dios del Cielo; e Vos Sancta María,
que sin la vuesa ayuda esta lide perdía».—

Ya ganaba la lide, ya la loba en el suelo
estaba agonizando con fiero desconsuelo.
Rodrido fatigado reposaba una pieza
y luego le cortó la espantable cabeza.
Esta fabla decía mientras la va cortando:
—«Mi sangre y mis feridas, assí sê irán vengando».—
Después se limpiaba la sangre y el sudor
y dejaba a Sant Yago en lo alto del alcor.

11

Ya en lo alto, Santiago alaba el valor de Rodrigo y le declara que lobos venciera

Se espantaba Rodrigo de lo que de allí vía,
que el cielo casi a las manos lo tenía.
Non era chico alcor sino muy grand montaña
que no la avríe mayor en toda la España.
Díjole Santiago:
—«Pues hasta aquí heis venido
sodes ya, don Rodrigo, caballero cumplido.
Al miedo natural venciste y al espanto,
no cediste al dolor ni cediste al quebranto
y lidiando sin armas con los lobos cervales
derrotaste a los siete pecados capitales.
La más recia de ellos que era la Luxuria
tampoco le valieron sus mañas ni su furia
que con la ayuda de Dios y de Santa María
a los siete pecados se vence cada día.

12

El apóstol muestra a Rodrigo desde lo alto las bellezas del campo burgalés

La montaña en que está Rodrigo el castellano
es tan alta que el cielo se toca con la mano.
Nubes de oro que el sol en fuego transfigura
giraban en redor de su orgullosa altura.

No osa volar tan alto corneja ni zorzal
ni siquiera el buitre ni el águila cabdal.
Fablaba allí Sant Yago y mientras va fablando
con el báculo iba a Rodrigo señando:

—«Aquella torrecilla que ves allí pequeña
es la de do venimos, San Pedro de Cardeña;
aquellas dos que ves siguiendo el Arlanzón
Santa María y San Gil de Burgos son.
Y a este lado, las villas de nombres arrogantes:
Villafuert, Mecerreyes, Salas de los Infantes...
Torres de monasterios, casares de las villas
clavadas en el medio de la haz de las Castillas,
cómo supo al haceros nacer el Criador
poneros una gota de su gracia mejor.

13

El apóstol anuncia a Rodrigo la futura grandeza de Castilla

En esta tierra fuerte que va desde Espinosa
a Quintanar y desde Vall de Mena hasta Pedrosa;
en esta tierra dura que de si pan llevar
se abrasa de resoles, de hielos si pinar;
en esta tierra donde ni aun el ser santo basta,
porque Castilla face los homes y los gasta;
en esta tierra humilde y soberbia a la vez
donde hasta los mendigos miran con altivez,
donde hasta el viento es de románica traza
¡en esta tierra, está la matriz de una raza!
El óvulo que aún no ha sido hecho fecundo
pero que ya presiente que ha de alumbrar un mundo.

Desde las torres con todas sus campanas
Castilla lo pregona al nacer las mañanas,
y el labriego que empuña la esteva del arado
ensaya el gesto de un nieto aún no engendrado
que de otro sol distinto sufrirá las fatigas
para poner graneros donde aún no hay ni espigas.

14

Elogios de la gente castellana

Llamarlos castellanos ya basta a definillos:
castell por lo arrogantes, llanos por lo sencillos;
tan rectos de palabra que no precisan leyes,
y tan altivos que no se abajan ni a los Reyes.
En cada un de ellos hay tanta oculta energía
que cuando gastan toda, les queda todavía.
Ellos saben la traza, sin oro ni caudales,
de alzar en pueblos chicos gigantes catedrales,
y saben el bohordo clavar del primer bote
y saben pasar hambre sin que nadie lo note,
y trabajar la piedra como si fuera lino
para facer con ella encaje del más fino
y engarzar en el oro las perlas y diamantes,
y mover con plumas espadas de gigantes.

15

El apóstol anuncia a Rodrigo la reconquista y le declara que su tiempo es venido

Ahí están, en la gleba, en los burgos y villas
y esta en ellos el alma entera de las Castillas;
misioneros, virreyes, oidores y soldados
que aún la carne labriega no se han desnudado
como el rey que al volver de la recien batalla
siendo rey va vestido con mesnadera malla.

Bajo el trivio y cuadrivio de clérigos y abades
germinan ya escolásticas las universidades,
los espaderos de Berberana y Bercedo
apuntan sus martillos a yunques de Toledo,
y en Teza y Sasamón los infanzones secos
ensayan actitudes ascéticos de Grecos.
Ya para la gran prueba de sembrar la semilla
está en sazón todo el vivero de Castilla.
Rodrigo de Vivar, caballero cumplido,
¡en el nombre de Dios tu tiempo ya es venido;

16

El apóstol arma caballero a Rodrigo y le alecciona de su misión

Atónito Rodrigo oyendo esta razón
sintió que a la garganta le sube el corazón.
Cayó luego de hinojos a los pies de Santiago:
—«Merced ya, Hijo del Trueno, Principe del Estrago,
e a Vos San Salvador, e a Vos Sancta María».—

No acierta a decir màs, tan gran gozo tenía.

Sant Yago con el báculo en la espalda le daba;
luego alzólo del suelo, fuertement lo abrazaba;
assí le iba diciendo mientras esto oficia

—«De hoy más, sois caballero de celeste milicia.
Cuando os llegue la hora de salir de Castilla
tomad el buen camino en vez de la rencilla,
que un destierro bien puede ser camino de imperio
si se empieza de hinojos en algún monasterio.

Lanzad los castellanos desde Oca y desde Arlanza
a ganar más Castillas al bote de la lanza.
Ya las Torres de Cuarte alargan de impaciencia
sus almenados cuellos en la rica Valencia,
ya el mar por ver banderas de tierra castellana
yergue sus crestas sobre Castellón de la Plana,
y ya espera tu nombre una sierra gigante
que hay camino de Denia en tierra de Alicante.

Rodrigo de Vivar, caballero cumplido,
en el nombre de Dios tu tiempo ya es venido.

17

Ultimas palabras del apóstol a Rodrigo otorgándole su bendición

Ahora comienza la sazón de tu servicio
que ha de costarte llanto, destierro y sacrificio.
Si por subir al monte tuviste tanto duelo
piensa que ahora lo que vas a ganar es el cielo
y lleva con paciencia la fatiga y la injuria
venciendolas en tí igual que la Lujuria.

En tí Rodrigo, empieza la grande maravilla
que será con el tiempo la Historia de Castilla.

—«Bendígasme, Sant Yago».—
Rodrigo le pedía.
«Por la Trinidad Una y por Sancta María».—

18

Rodrigo se encuentra de nuevo en San Pedro de Cardeña

En tierra estaba Rodrigo arrodillado;
cuando se levantaba grande estupor le ha dado
que no estaba en el monte, ni mirando a Castilla,
sino en la iglesia y viendo a la luz amarilla
de una vela encendidc en el altar mayor
la reliquia bendita del Santo Pescador.

19

Rodrigo regresa al amanecer por el camino de Burgos

Amanecía ya. En lo alto, la campana
con su lengua de bronce llamaba a la mañana.
Y Rodrigo salía por el claustro adelante
todos llena de dudas la frente y el semblante.

Aquí acaba el Retablo de Mío Cid
LAVS DEO

JOSE MARIA DE MENA